

Vicente Blasco Ibáñez
LOS ENEMIGOS DE LA IGLESIA
(cf. *El Motín*, 18-9-1897)

Blasco Ibáñez ha publicado con ese título en su periódico *El Pueblo*, un artículo, hermoso como todos los suyos. A él pertenecen estos párrafos:

«Hay curas que se manifiestan públicamente como enemigos de la dinastía, a cuya sombra comen, y no enemigos cultos e ilustrados de los que luchan en el terreno de las ideas, sino rabiosos y sanguinarios, de los que sienten la nostalgia del trabuco, deseando que venga pronto otra guerra civil para asesinar liberales, y el gobierno no toma contra ellos ninguna medida, sin duda porque en tiempos conservadores la tonsura es el mejor salvoconducto para alcanzar impunidad.

A nosotros no nos dan miedo esos guerrilleros barrigudos y ensotanados que faltan repugnantemente a sus deberes de cristianos, deseando una guerra civil. Pero lamentamos su conducta por el daño que puede causar a la Iglesia.

Tal vez esto parezca extraño; pero vivimos en el país del viceversa; y ya que hay curas que olvidando su misión se muestran belicosos y sanguinarios, nosotros los impíos, los revolucionarios, vamos a echarles en cara sus imprudencias, que tanto comprometen a la institución que representan.»

Habla a continuación de la actitud transigente del papado (creo que en esto el amigo Blasco se engaña un poco), y añade:

«Y cuando Europa está en tan dulce calma, cuando parecen amortiguadas las luchas religiosas que tanta sangre han hecho derramar a través de los siglos, vuelve a surgir en España la repugnante raza del cura carlista; del cura matón, montaraz y sanguinario; del bandolero con sotana nacido para ir a presidio o al palo, pero que por equivocación o rutina tomó una investidura de paz y caridad, y fastidiado de ella ansía que se renueven los horrores de Cuenca y de Bechí para satisfacer sus instintos de asesino y saciar su lujuria de sátiro tonsurado.

Esos hombres son los peores enemigos de la Iglesia. Esos monstruos que desean matar en nombre de Dios y que la nación retroceda volviendo a donde no quiere ir y no irá, son los que aquí han hecho odioso el catolicismo. Con sus brutalidades han proporcionado ellos solos más enemigos a la religión que toda la propaganda racionalista.

La Iglesia, para vivir en paz, para ser respetada, debía arrojar de su seno a tales individuos que solo iras y venganzas levantan.

Esos enemigos serán causa de grandes perturbaciones en el porvenir. Ahora es tiempo de evitarlas.

España camina a la República. Bien sabido es. Y la República, que por ser la fórmula práctica de la verdadera libertad respeta todas las creencias, respetará y garantizará el libre ejercicio del catolicismo.

Pero esa República tendrá el derecho a vivir, el derecho a defenderse, y si algunos individuos de la Iglesia, faltando a sus deberes, atentan contra ella ¡ay de ellos!; volverán a surgir antiguos odios y olvidadas persecuciones. La mano del pueblo caerá sobre ellos, no por ser curas, sino por ser perturbadores, por desgarrar la nación con una guerra civil.

Y en la confusión que produce la ira popular habrán equivocaciones; tal vez se cometan injusticias; pero si esto ocurre, cúlpese a los verdaderos enemigos de la Iglesia que viven en su seno, y a los que toleran que la bestia dañina del carlismo siga ocultándose aún bajo la sotana.»

Amén, que quiere decir: así sea.